

QUINTO WORKSHOP IBERCHIP

Señoras y señores:

A lo largo de la historia, los hombres hemos pugnado por dar cuenta de la naturaleza íntima del mundo buscando hacer de él nuestra morada. Los rudos instrumentos paleolíticos forjados a pulso para la preparación de la caza, los minuciosos proyectos de Leonardo, los complicados sistemas de contabilidad que en el arcano lenguaje de los quipus cifraron los antiguos incas, los sofisticados ingenios electrónicos de nuestros días que prolongan y mejoran la vida, son todos finalmente testimonios de una vieja historia que da cuenta del profundo deseo humano de transformar las cosas, para así configurar en el terreno de la realidad los frutos provenientes de nuestra imaginación y de nuestros sueños.

Sin duda, el espíritu del hombre se proyecta en las máquinas y ellas no pueden sino estar impregnadas por el mundo de sentido que les

dio origen. En buena cuenta por ello y porque la tecnología transforma nuestra vida y nuestras relaciones personales de modo casi siempre insospechado, el valor del saber técnico-científico ha sido la fuente de tantas controversias y tan opuestos dictámenes.

Ya en el siglo XVI, Sir Francis Bacon elogiaba en *La Nueva Atlántida* la utopía de un mundo gobernado, administrado y transformado por científicos sabios y justos que habían anulado todas las penurias mediante el recurso a la más sofisticada ingeniería. Apenas en el siguiente siglo, el humor sombrío de Johnathan Swift ironizó en *Los viajes de Gulliver* la pretensión de cambiar el mundo mediante el uso de los más extraños artefactos sin haberse preocupado por conferir a los hombres una vida buena y lúcida. Ambas imágenes sobre la posibilidad de que la ciencia y la tecnología transformen la vida, sea el cerrado elogio, sea la desconfianza pesimista, han llegado de algún modo hasta hoy. Sin embargo, hace buen tiempo ya que se ha visto la necesidad de superar tales perspectivas sesgadas: en efecto, por un lado, es necesario observar que los logros obtenidos por las prolongaciones tecnológicas de la ciencia no nos excusan en modo

alguno de formular criterios sobre un horizonte que trasciende esas esferas y que ofrece un sentido y dirección más plenos a nuestras existencias; por otro, es ciertamente innegable que el progreso científico y técnico es una realidad incontrastable que no puede ser desdeñada pues coloca a nuestra disposición un universo de nuevas posibilidades que en ocasiones nos obligan a reflexionar nuevamente sobre lo que somos y queremos.

De allí pues que las modernas disciplinas como la cibernética, la bioingeniería, la informática, la electrónica no deban entenderse como tendencias opuestas a la humanización o como saberes que hayan necesariamente de poner en riesgo los valores de nuestra cultura. Ciertamente, tampoco cabe idolatrar de modo ingenuo el camino de la ciencia como el único trecho que nos habrá de conducir a una sociedad plenamente humana. Y es que en verdad aquello que llamamos “progreso” se construye sobre una insoslayable ambivalencia que nos plantea con frecuencia desafíos críticos de los que da cuenta la propia historia. Un ejemplo de ello se muestra en el proceso de industrialización, que si bien transformó de manera

profunda las sociedades, al punto de haber convertido en anacrónicos la esclavitud, el estamentalismo y el patriarcado, igualmente derivó en las más cruentas conflagraciones que haya conocido la humanidad.

De manera análoga en nuestros días, los grandes cambios que se anuncian, entre otras disciplinas, en los terrenos de la electrónica, nos proponen nuevas formas de interrelación, nuevos modos de acceder a la realidad, nuevas opciones para construir un terreno destinado a la prosperidad de más personas. Sin embargo, todo ello es un proyecto que de no apuntar más lejos y más hondo, resultará en frustrante aventura, porque con los avances señalados surge también el imperativo de enfrentar decisiones inéditas: dotada de éstos y otros instrumentos, hoy deberemos saber cómo estos instrumentos se orientan finalmente a robustecer nuestra capacidad de asegurar una vida rica en posibilidades de realización plenamente humana para todos.

Como puede entenderse, la ciencia y la tecnología, con todo su valor, exigen pues un suplemento de significado, un horizonte de valores

que estoy seguro ha estado presente en el encuentro académico internacional que hoy concluye. Este es un hecho justo de resaltar, pues el proyecto Iberchip entiendo tiene como nota singular el haber comprendido la función social de la ciencia, su cabal sentido, y por ello ha asumido de modo creativo el compromiso de promover la investigación con el fin de establecer las sólidas bases de un desarrollo que responda a las aspiraciones de nuestras sociedades.

Porque estamos ciertos de ello, nos regocijamos de la tarea cumplida y de las reflexiones que han tenido lugar en este encuentro, y renovamos nuestra gratitud a los organizadores que han permitido el éxito de estas jornadas; este reconocimiento se extiende a los asistentes, que se han acercado mostrando su interés en conocer las propuestas innovadoras en el campo de la electrónica, y obviamente a los ponentes nacionales y extranjeros, que han honrado nuestra Casa de Estudios presentando trabajos, fruto de una paciente e inteligente elucidación, pero más fundamentalmente, de una tenaz fe y una pasión profunda.

Animado por tales sentimientos, y con la mirada ya puesta en el Sexto Taller que habrá de organizarse con los resultados positivos obtenidos por este encuentro, me es grato declarar clausurado este Quinto Workshop de Iberchip.

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 3 de Marzo de 1999